



Estás leyendo la transcripción del primer capítulo de Estación Ciudad: El desborde de Lima. La hemos creado porque creemos que la información debería llegar a la mayor cantidad de personas posibles, incluyendo a quienes, por dificultades auditivas, suelen verse excluidos y excluidas del mundo de los podcasts y proyectos sonoros.

¡Pero todavía estamos aprendiendo! Si tienes alguna recomendación de cómo podríamos mejorar estas transcripciones, escríbenos a hola@estacionciudad.org

ESTACIÓN CIUDAD

Capítulo I: El desborde de Lima

(El capítulo comienza con una mezcla de audios de programas de noticias peruanos, donde se escucha el hartazgo de los conductores frente al tráfico y caso de la ciudad)

Narradora: Al prender la televisión o hablar con los limeños sobre su ciudad, el sentimiento más extendido parece ser que la capital peruana no tiene solución. Y, a veces, en el día a día, es difícil no simpatizar con esta idea. La falta de planificación, la vivienda informal, el tráfico y la desigualdad se sienten como obstáculos infranqueables, pero, como descubriremos en este capítulo, quizá sea muy pronto para tirar la toalla.

Estás escuchando Estación Ciudad, historias urbanas de territorio, poder e identidad en América Latina. En este capítulo, estamos en Lima para intentar comprender las fuerzas detrás de la expansión de esta caótica metrópoli y qué se puede hacer hoy para cambiar las cosas.

(Sonidos del mar de Lima, del muelle y el mercado)

Narradora: Nuestra historia comienza en la comunidad de Alto Perú, un asentamiento de vivienda informal que se encuentra en el céntrico distrito de Chorrillos, en el extremo sur de la bahía de Lima en Perú. Tradicionalmente tierra de pescadores y elegante balneario de la Lima republicana, Chorrillos hoy es un distrito complejo, que se ha expandido mucho más allá de sus fronteras tradicionales. Con una población de casi 400

mil habitantes, poco o nada queda de ese distrito tranquilo, que recibió su nombre por los chorritos de agua dulce subterránea que fluían desde sus acantilados donde se enjuagaban los veraneantes después de un día de playa.

Alto Perú es un barrio ubicado en las laderas del Morro Solar, un cerro que se levanta al final de la bahía y desde cuya cima se puede observar parte de la llamada Lima Sur. Fue allí donde, con la llegada de tropas chilenas a la capital peruana, se peleó en 1881 la batalla de Chorrillos, sin duda una de las más sangrientas de la Guerra del Pacífico. La derrota del ejército peruano y posterior ingreso a la capital de las tropas enemigas tuvieron consecuencias terribles: los saqueos e incendios que siguieron son todavía una herida abierta en el corazón de muchísimos peruanos. Simbólicamente, el Morro no es un simple cerro, sino el lugar en el que se libró uno de los momentos más difíciles de asimilar de la historia reciente peruana.

Aunque el Morro solía marcar el límite sur de la ciudad, en la actualidad Lima se extiende por muchísimos kilómetros más. Pero si bien Alto Perú existe desde hace varias décadas, usualmente solo llega a las noticias cuando sus habitantes tienen problemas con la policía o cuando su expansión pone en riesgo el patrimonio histórico de la zona.

(Sonidos de noticieros donde se escucha sobre el cierre del Planetario que se ubica en el Morro Solar)

El planetario, por ejemplo, lugar antiguamente emblemático de la ciudad y ubicado en la cima del morro, se vio obligado a cerrar hace unos meses. Es innegable que todo esto es un problema real, aunque tampoco es que el morro haya estado en muy atendido antes. La verdad es que esta zona patrimonial se encuentra en estado de abandono desde hace ya varios años, mucho antes de que estos conflictos explotaran. Tomó una década, por ejemplo, para que las placas conmemorativas de sus monumentos, que fueron robadas en el 2007, sean repuestas. Aun así, no es solo la historia ni estos conflictos lo que hacen que Alto Perú sea un barrio muy especial.

Carlos Javier Vega: *“Es un barrio no muy grande, debe tener unas 500-600 familias. En Lima es muy particular, porque yo creo que es el único lugar de Lima donde en un mismo espacio físico conviven ruinas y arquitectura prehispánica, luego una capa de una Lima colonial con una capa de una lima moderna que nunca llegó a ser, con edificios que miran al mar y toda esta cuestión y luego la ciudad autoconstruida”.*

Narradora: Él es Carlos Javier Vega, coordinador del Programa de Espacios Públicos del proyecto Alto Perú, una iniciativa ciudadana que busca crear comunidad en el barrio a través del deporte, urbanismo participativo y pedagogía.

Carlos Javier Vega: *“Yo no conozco otro barrio en Lima, fácil sí los hay, pero son muy pocos, Alto Perú es uno de ellos, en el cual se da una convivencia, y todas las capas de lo que es Lima las puedes reconocer en un mismo espacio”*

Narradora: Nos enseña el croquis que han hecho del barrio: detrás de una primera fila de exclusivos edificios residenciales con amplios balcones que miran al mar y de algunas casas sobrevivientes de la época republicana, se han autoconstruido manzanas de casitas que van subiendo por la ladera del morro. Conforme ascienden por el cerro, se van haciendo cada vez más precarias hasta llegar al camino que todos los días usan visitantes, ciclistas, camiones cisternas y turistas para llegar a la cima, lo que también ha generado su dosis de problemas.

En realidad, como el morro es una zona patrimonial, nunca debió haber sido habitado. Todo esto pone a los residentes de buena parte del Alto Perú, algunos de los cuales llevan décadas viviendo allí, en una posición particularmente vulnerable. La monumentalidad de la zona hace muy difícil que el Estado pueda regularizar su situación, por lo que el fantasma del desalojo está permanentemente tocando a la puerta y es casi imposible que puedan recibir servicios básicos.

Juana Laynes: *“Es que nunca he estado así...”*

Narradora: *(risas) “¡Pero no hay cámaras!”*

Juana Laynes: *“Bueno, mi nombre es Juana Paulina Laynes Ascencio. Yo vivo en el Alto Perú ya como cinco años, más o menos”.*

Narradora: La familia Laynes vive en una de las casas que colindan directamente con el camino que sube al Morro, en la última hilera de construcciones antes de llegar a la pista. Es muy fácil reconocerla. Una búsqueda en Google sobre las invasiones de Alto Perú arroja rápidamente una fotografía de su hogar, pues se trata de una de las pocas viviendas en esa hilera que han levantado ya un segundo y tercer piso, por lo que inevitablemente bloquea la vista del mar que antes se tenía al subir. 10 hermanos, sus parejas y familias viven en una pequeña casita de piso de tierra y de planchas de madera, sin agua ni desagüe y solo con la luz eléctrica que logran jalar del poste de alumbrado público que está un poco más abajo en la pendiente.

Juana Laynes: *“Acá estamos 10 hermanas. Por eso, cuando dicen “la familia Layne” es desde allá hasta por allá, porque somos. Cuando usted le llama uno por uno, todos salen en fila (risas). En la reunión de vecinos, a la hora de hacer la lista de asistencia todos “Layne, Layne, Layne”. Porque somos 10 hermanos, imagínese. Los 10 hermanos tienen hijos, los hijos tienen sus hijos y uy, o sea que en una fiesta no necesitamos invitar a nadie, porque todos llenan el salón”.*

Narradora: Juana vive en el último piso de la casa, en el cuarto que sobresale y aparece en todas las fotos y reportajes de noticias sobre el tema. A pesar de que su familia lleva más de quince años allí, nos cuenta que todavía no tienen acceso a servicios básicos.

Narradora (en entrevista con Juana Laynes): *“Y la conexión a luz de dónde sale?”*

Juana Laynes: *“La verdad, se roba, o sea, hay un poste donde... toda, toda la parte de arriba, porque no es solo uno, jalan del poste. Porque tampoco podemos tener. O sea, por más que quisiéramos tener lo legal, no se puede*

Acá no tenemos agua. Acá nosotros cargamos agua. Traemos nuestro bidón. En mi caso, yo, afuera yo tengo un tanque. Cuando viene el aguatero, me compro el agua. Pero ya nosotros hemos querido poner, pero no podemos poner porque no tenemos ni un título, nada, cómo nos puedan dar. Entonces no podemos sacarnos agua”.

Narradora: Todo esto, claro, es más impresionante si recordamos que un par de cuadras más abajo se encuentran algunos de los edificios más lujosos de la ciudad. Entonces, quizá te estés preguntando, ¿por qué se quedan si ya es obvio que nunca van a recibir servicios básicos? Un factor sin duda es la falta de opciones de vivienda verdaderamente asequibles en Lima. Es decir, incluso si realmente quisieran irse, ¿a dónde irían y qué podrían pagar? Toda la familia Laynes tiene trabajos esporádicos e informales, lo que les dificulta acceder al sistema de financiamiento de vivienda social del gobierno. Pero hay un tema más: David, el hermano de Juana, nos cuenta que, hace unos años, cuando trabajaba en una empresa de construcción, tuvo la oportunidad de comprar un departamento formal que era parte de un programa estatal de vivienda. Aun así, prefirió quedarse en Alto Perú.

(Se escuchan los sonidos de una casa con gente y niños. El sonido de la televisión prendida, de las voces de la familia, de los pequeños juguetes a batería)

David Laynes: *“Era muy lejos a la zona de Chorrillos, era los terrenos era por el norte y por la Panamericana, por Puente Piedra, por Ancón, por ahí que había terrenos buenos. Pero, como le vuelvo a repetir, no me quería salir de Chorrillos. Vivo años acá en*

Chorrillos, tengo 31 años viviendo acá en Chorrillos. Yo he nacido acá en Chorrillos y, bueno, no desearía irme a otro lugar que no sea Chorrillos. Un tiempo he vivido en Puente Piedra, te demorabas como tres, cuatro horas hasta allá. Ida y vuelta, ah, te demoras ocho horas”.

Narradora: Además de hablar sobre la importancia de estar cerca de su familia y de tener una red de apoyo en su comunidad, David está señalando algo que los urbanistas vienen alertando desde hace mucho: que los proyectos de vivienda que se conciben simplemente como cuatro paredes y un techo sin preocuparse porque existan oportunidades laborales, económicas y educativas en la zona, tienen costos escondidos que terminan recayendo sobre sus habitantes. Piensa en el caso de David: 8 horas es un tercio del día solo para ir a tu trabajo y regresar. Esto significa un mayor costo económico, pero también una calidad de vida muchísimo menor.

En una ciudad sin una red integrada de transporte, como es el caso de Lima, esto no es solo tomar un metro por dos horas, si no estancarse en el tráfico por lo que se siente como una eternidad, tener que cambiar de ruta tres o cuatro veces, cada una con un pago independiente, y muchas veces pagar además un taxi o mototaxi adicional que te lleve hasta tu casa. Para alguien que gana el sueldo mínimo, movilizarse en Lima puede consumir más de un tercio de sus ingresos mensuales, además de importantes horas de su vida.

A pesar de no contar con servicios básicos, los Laynes por lo menos tienen una ubicación céntrica en la ciudad. Pero esto, en Lima, es excepcional. Una abrumadora mayoría de limeños viven en casas que fueron construidas de manera informal y en barrios no planificados, en zonas sin agua, luz, colegios ni rutas de transporte, y que no contaban con una zonificación que fomentara el desarrollo de una economía local capaz de crear nuevas fuentes de empleo. En Lima, la gente llegó primero, los servicios después y en muchos casos, tarde, mal o nunca.

Marcela Román, economista costarricense y experta en urbanismo, nos explica cómo la planificación de Lima nunca creó normas para que el mercado o el Estado ofrecieran alternativas dignas y asequibles para los nuevos habitantes de la capital.

Marcela Román: *“¿Por qué crecimos de esta manera? Las ciudades nunca estuvieron preparadas, planificadas para absorber estos crecimientos. Y el ritmo al que venía creciendo la población, desbordó totalmente la capacidad de absorberlo y en algún lugar la gente se tiene que localizar porque al final del día, todos dormimos en alguna parte.*

Entonces, claro, no quedó más remedio que resolver la necesidad. La gente se auto gestionó una localización, una localización que no estaba preparada para recibir usos urbanos, ni siquiera al más sencillo que es el de la vivienda. Entonces bueno, nuestras realidades empezaron a crecer muy fuertemente, así, de manera muy irregular”.

Narradora: Para entender cómo se llegó a este punto, debemos recordar que Lima ha atravesado varias olas masivas de migración interna. En el último siglo, cientos de miles ciudadanos llegaron desde todo el país buscando nuevas y mejores oportunidades, huyendo primero de la pobreza y exclusión y, luego, del terrorismo. La explosión demográfica que siguió fue brutal: mientras entre 1940 y 1993, la población del Perú se triplicó, la de Lima se multiplicó por 10. Los nuevos limeños llegaron con muy poco bajo el brazo, como suelen llegar los migrantes en todo el mundo, más cuando lo hacen huyendo de la violencia. Esto generó un cambio en la conformación socioeconómica de la capital: a inicios de los noventa, dos tercios de la población no podían cubrir la canasta básica familiar, mucho menos el costo de una vivienda en el mercado formal. Aun así, la verdad es que la Lima tradicional no pudo o no quiso reinventarse ni crear oportunidades para los cientos de miles de personas que, a falta de alternativas en la ciudad habilitada, terminaron en los arenales de la periferia. Hoy, Lima es una ciudad de baja densidad y muy, pero muy extensa, producto del hecho de que fueron las propias familias las que, mediante la autoconstrucción, diseñaron el trazado de la ciudad según sus necesidades. Más del 60% de Lima se ha construido así.

¿Por qué Lima no se pudo preparar o adaptar a esta situación? Ante una inminente ola migratoria, muchos quizá coincidieron en que era necesario crear alternativas de vivienda asequibles para los nuevos limeños, pero nadie parecía dispuesto a que esto sucediera en su propio barrio. Esto en inglés se conoce como NIMBY, acrónimo de *Not In My Backyard*, que significa “no en mi patio trasero”. La expresión se usa para describir cómo muchas veces las personas reconocen que ciertos proyectos, como hospitales o complejos residenciales, son necesarios para la ciudad, pero se oponen a que estos que se hagan en su barrio o cerca de ellos. En el caso de Lima, los ciudadanos con mayor acceso a la toma de decisiones, evidentemente no querían que su ciudad cambie según la nueva e inevitable realidad. La consecuencia de esto fue que los nuevos migrantes tuvieron que ocupar el único suelo disponible, periférico y sin servicios, o lo que los urbanistas llaman el suelo no habilitado.

Marcela Román: *“La lógica de la planificación tradicional, era una planificación para excluir usos que no queríamos en las ciudades, ¿verdad?”*

“Y unos usos que parece que seguimos sin querer son los usos para pobres porque en los planes reguladores, no estamos obligando a los municipios a que incluyan suelo para pobres, para los pobres que ya están hoy en la ciudad en suelo informal, pero son parte de nuestra ciudad. Ni hablemos para los que van a seguir creciendo”.

Narradora: Marcela está hablando de una estrategia que los urbanistas proponen para contrarrestar esta situación y que se conoce como zonificación inclusiva, un conjunto de medidas orientadas a crear condiciones de mercado que fomenten el desarrollo de servicios y vivienda social en lugares céntricos o bien conectados de la ciudad. Por ejemplo, los municipios pueden designar zonas estratégicas cercanas a vías de transporte público o colegios u hospitales públicos, en las que los nuevos desarrollos inmobiliarios deben incluir cuotas obligatorias de vivienda social. Aunque la medida es algo controversial, sobre todo entre los desarrolladores inmobiliarios, sí ha dado buenos resultados en ciudades como Bogotá o Sao Paulo.

La zonificación inclusiva por sí sola evidentemente no es suficiente para responder a grandes explosiones demográficas como las que atravesaron Lima y otras capitales de la región. Es una política que tiene la ventaja de crear una trama socioeconómica mucho más diversa, un tema realmente importante en el ojalá pueda ahondar más en el futuro, sin embargo, lo cierto es que, a pesar de sus ventajas, a veces no es suficiente. Las ciudades necesitan crear nueva vivienda social para cientos de miles de familias, no doscientas, y la zonificación inclusiva difícilmente puede cubrir esta demanda. Sus críticos generalmente se preguntan si con ese mismo dinero no se hubieran podido crear muchas más casas en una zona de menor valor. Y en cierta forma tienen razón, pero lo que se ahorra en dinero se pierde de otras maneras, porque vivir en zonas integradas y socioeconómicamente diversas también significa vivir en barrios más seguros, donde los estudiantes tienen menos probabilidades de desertar el colegio y las mujeres más de integrarse al mercado laboral. Es una larga e interesante discusión, pero por ahora basta con saber que es una política que permite revertir la segregación en las ciudades. En todo caso, más allá de sus críticas y beneficios, la verdad es que debe ser complementaria de otras políticas públicas como la habilitación de terrenos.

¿Qué significa esto? Pues que es necesario preparar nuevas áreas de la ciudad que puedan acoger ordenadamente el crecimiento urbano y demográfico futuro. El tema es que esto no solo implica construir casas o edificios, sino planificar y habilitar zonas con servicios como colegios, hospitales, redes de agua y luz, y que además cuenten con rutas de transporte y zonificaciones comerciales que dinamicen estos nuevos barrios y creen oportunidades laborales allí.

Como en Lima el Estado no hizo nada de esto, a muchísima gente no le quedó otra opción que asentarse en el suelo que nadie quería, como todavía siguen haciéndolo los migrantes que llegan a la capital o las familias en estado de pobreza que al crecer se asientan en los únicos lugares que pueden pagar: aquellos sin servicios y cada vez más y más alejados del centro de la ciudad. Hay distintos motivos por los que este suelo está libre: porque no tiene agua, ni luz, ni rutas de transporte cerca, o porque es un suelo inseguro, ubicado en una quebrada, la pendiente de un cerro o una zona de gran riesgo sísmico. O quizá por una combinación de todo a la vez.

c Eventualmente alguien grita que hay una persona. Se trata de Evangelina Chamorro, la mujer que sobrevivió por el caudal de un aluvión en Perú en 2017).

Narradora: Están escuchando el audio de un video que paralizó al Perú en el verano del 2017, cuando las fuertes lluvias y deslizamientos producidas por el fenómeno de El Niño arrasaron con urbanizaciones enteras en la periferia de Lima. La gente grita que hay una persona, porque eso es exactamente lo que se ve: en medio del río lleno de desmonte y lodo y animales vivos y muertos, arrasados por un aluvión, que en Perú se conoce como huayco, aparece una mujer, Evangelina Chamorro, que lucha por su vida. Pongo este audio porque es necesario entender que la falta de vivienda afecta a las personas de manera concreta y terrible. No es simplemente de un desastre natural e inevitable, sino un fracaso de políticas públicas vinculadas al acceso a la vivienda, que exponen a personas como Evangelina a vivir lo que nadie debería atravesar jamás.

Narradora: Pero, ¿por qué se asentaría la gente en zonas tan vulnerables? Un factor sin duda es la desinformación, pero otro incentivo muy real es que esos terrenos muchas veces son los únicos que pueden pagar porque están ubicados en suelos de menor valor. Quisiera detenerme aquí un minuto porque para quienes no somos urbanistas, pensar en estos temas puede no ser tan obvio. Entender esto, sin embargo, es crucial para comprender una serie de dinámicas urbanas mucho más complejas y muy importantes.

Martim Smolka: *“Para empezar, el suelo que interesa, cuando hablamos de suelo en la ciudad, no es sencillamente un área ¿ok?... No es un pedazo de arenal, ¿no? El que interesa es suelo urbanizado, suelo con servicio, eso es el servicio que da valor al suelo, y de ahí es, acceso a transporte, acceso a escuela, hospitales, áreas deportivas y acceso a un ambiente amigable”*

Narradora: Él es Martim Smolka, director del Programa para América Latina y el Caribe del Lincoln Institute of Land Policy. Cuando conversamos con él, nos explica que lo que más determina el precio de una vivienda son los servicios con los que cuenta el lugar en el que esta se construye. Mientras más y mejores sean, más alto será el precio. Piénsalo un momento. Si imaginamos dos casas idénticas, pero así idénticas de verdad, con la misma cantidad de cuartos y el mismo tipo de acabados, pero ubicadas en zonas completamente distintas, instintivamente sabemos que una tendrá un precio de venta mayor que la otra, a pesar de que la única diferencia entre las dos sea el lugar en el que se encuentran. Es decir, si una está ubicada en una zona céntrica y estratégica y otra en una periférica y sin servicios, ¿cuál sería la más cara? Indudablemente la primera, ¿no? ¿Y por qué? Porque el suelo en el que una se construyó vale más que la del otro.

¿Pero qué tiene que ver todo esto con Lima? Pues que lo que sucedió en la capital peruana fue que el Estado no creó nuevas áreas de vivienda formal que la gente pobre pudiese pagar, o como se diría en jerga de urbanista, no creó nuevo suelo habilitado para vivienda de interés social. Los suelos donde se podía legalmente construir, estaban muy pero muy encima del precio que muchos ciudadanos podían y pueden pagar, con lo que se crearon las condiciones perfectas para que traficantes de terrenos lucraran de la necesidad de esta inmensa población. En ausencia de un Estado planificador, alguien iba a cumplir ese rol, así fuese a la mala.

(Se escuchan reportajes de noticias sobre la vivienda informal en Lima y los riesgos y violencia asociados al tráfico de terrenos)

Narradora: Los periodistas Juan Pablo León, Oscar Paz y Enrique Vera, del diario El Comercio de Lima, han investigado las mafias de terrenos a las que millones de personas se ven obligadas a recurrir en búsqueda de un lugar donde vivir.

Periodistas entrevistados: *“Cuando la persona que compra empieza a tener la idea que va a tener un lugar dónde vivir, inmediatamente estas supuestas asociaciones de vivienda lo que hacen es obligar a estas familias a que la casa o la vivienda que van a construir, sea edificada por albañiles que son parte de la misma mafia. Si las familias empiezan a negarse o empiezan a postergar los plazos, ahí vienen las amenazas. Pueden llegar hasta cierto punto a amenazar de muerte, a atentar contra sus vidas, les comienzan a exigir o les comienzan a obligar a que paguen por servicios de instalación de luz o de agua, cuotas mensuales, cuotas semanales. Familias que no tienen dinero, son servicios que nunca llegan a tener, pero que ellos están pagando”.*

Narradora: Esta dinámica de coerción y estafa marca la forma en la que mucha gente vive. No es solo que el Estado no haya creado vivienda digna, es que, en su ausencia, muchas personas terminan siendo víctimas de estafadores violentos y hasta homicidas.

Periodistas entrevistados: *“El trasfondo de todo esto es que las mismas falsas asociaciones de vivienda, falsos dirigentes que no son más que mafias delincuenciales, lo que buscan es que el propietario se harte de lo que está ocurriendo y opte por dejar los terrenos e irse. El objetivo de la mafia es que el terreno sea posteriormente revendido una y otra vez”.*

Narradora: Juan Pablo nos cuenta sobre su experiencia cubriendo una zona de invasiones al sur de Lima.

Periodistas entrevistados: *“De verdad que parece el viejo oeste. Ahí no hay ley. Puedes ver una enorme serie de torres de control de madera muy precaria, una persona armada en cada uno, vigilando absolutamente todo. Quizás, en lo personal, ha sido uno de los momentos en donde más he sentido el miedo. Y esa es una realidad muy poco conocida, pero está tan ignorada. Muy al margen de la ilegalidad, estas personas no tienen donde vivir”.*

Narradora: Estas mafias, evidentemente, no llegan a tener el poder que tienen sin ayuda. La falta de vivienda planificada y de zonas habilitadas por el Estado ha creado no solo un mercado paralelo inmenso, sino un sistema de corrupción que muchas veces se extiende hasta las más altas esferas del poder.

Periodistas entrevistados: *“Muchas autoridades locales, principalmente alcaldes, durante muchos años han otorgado certificados de posesión en lugares donde era impensable vivir, en riberas de ríos, en quebradas, en cerros. Cuando cae una mafia cae no solamente los invasores sino también caen los traficantes, la supuesta asociación de vivienda, cae uno que otro alcalde, cae un juez de paz o cae un gobernador regional y policías.*

Narradora: Todos ellos juntos, invaden la tierra, la venden sin ningún tipo de titulación, gestionan para que el Estado llegue e instale servicios, fuerzan a salir a muchas personas de su terreno comprado para volverlo a vender, y en ese proceso especulativo, donde el suelo va ganando valor mientras más servicios tiene, van cobrando su botín. Es una tragedia para muchas personas que tienen todas sus esperanzas puestas sobre la

oportunidad de tener finalmente un techo y sobre todo cuando ese techo es el único capital que tienen.

En Lima, los terrenos tradicionalmente se han habilitado después de haber sido habitados. Las casas y calles llegan antes que la red eléctrica o desagüe. El asunto, es que los servicios generan valor y cuando el Estado tiene que habilitar terrenos que nunca planificó, entonces termina destinando recursos limitados a un esfuerzo que al final beneficia muchísimo a las mafias de terrenos, que expulsan a los residentes para vender los terrenos más caros ahora que han sido habilitados con servicios. Es un círculo vicioso en el que pierde el Estado y sobre todo los más pobres, pero si se actuara preventivamente, podría evitarse. El sociólogo peruano Julio Calderón, a quien no llegamos a entrevistar para este capítulo, pero cuyo trabajo nos encanta, es uno de los investigadores más importantes sobre la Lima informal. En resumen, lo que él dice es que el gran problema de la capital peruana no es la ausencia de suelo, sino la ausencia de suelo urbanizado con agua, desagüe y equipamiento. Suelo hay, lo que no hay es suelo con servicios.

En este contexto, el Estado se ha estado enfocando casi exclusivamente en habilitar las zonas que ya han sido invadidas, lo que en cierta forma no está mal porque la ciudad ya se formó de una manera e indudablemente hay que mejorar las condiciones de vida de las personas que están ahí. El problema es que este patrón genera un incentivo para nuevas invasiones y no permite romper el círculo vicioso actual. Por eso, es tan importante actuar preventivamente.

Evidentemente, nada de esto es fácil. Lo difícil no es reconocer que existen alternativas, sino encontrar la manera de llevarlas a la realidad, sobre todo en países como los nuestros, que tienen una baja institucionalidad y capacidad de planificación a largo plazo. Por eso es cierto que una varita mágica para el problema de la informalidad de la vivienda en Lima. Lo que sí es claro es que, si seguimos actuando como ciudades solo después de las invasiones y enfocando todos nuestros esfuerzos e interés en los desalojos, miles de familias seguirán siendo estigmatizadas y continuarán esperando en la incertidumbre y estaremos siempre parchando lo que no pudimos hacer en su momento.

(Se escucha nuevamente el sonido del hogar de los Laynes, en Chorrillos)

Esa noche, en la casa de los Laynes en Alto Perú, no puedo evitar pensar que a pesar de todas sus dificultades y problemas, de la falta de agua y luz, y de la permanente amenaza de desalojo, ¿cómo no van a hacer hasta lo imposible por mantener los metros

de suelo que ya tienen ahí? ¿Cuál sería su otra opción?, ¿romper con su comunidad para arriesgarse a caer en manos de mafias y extorsionadores?, ¿mudarse al otro extremo de la ciudad, lejos de sus amigos del barrio y de sus hermanos, donde ya no tendrán una red de soporte? Cuando la discusión sobre la vivienda se reduce a hablar de invasiones ilegales y desalojos, y se pierde de vista el factor humano, es fácil perder también de perspectiva la importancia de entender lo que hay detrás para poder cambiar las cosas de verdad.

(Los niños de la familia Laynes juegan con el micrófono y cantan)

Narradora: Si bien hemos hecho muchas cosas mal hasta ahora, esto no puede ser una excusa para que aceptemos lo que tenemos hoy como normal. Después de todo, las ciudades latinoamericanas están llenas de historias de personas y familias que se han sobrepuesto hasta a las condiciones más adversas. Es parte de nuestra tradición: somos un continente que ha demostrado una y otra vez que sabemos cómo vencer las probabilidades. El tema es que todo esto no debería recaer exclusivamente sobre el esfuerzo de la gente, porque hay problemas y soluciones estructurales que van mucho más allá de lo que los individuos pueden, como se dice en Perú, *recursearse*. Este podcast es un intento de reflexionar y entender estos procesos, para -desde allí- proponer nuevas alternativas en un mundo inevitablemente cada vez más urbano.

Has escuchado “Estación Ciudad”, un podcast auspiciado por el Lincoln Institute of Land Policy. Puedes ver fotos, leer más y encontrar la transcripción de este capítulo en www.estacionciudad.org y seguirnos en Twitter como Estación Ciudad. Este podcast fue escrito y dirigido por Sofía García y yo, Jimena Ledgard. Sofía estuvo también a cargo de la producción general y de los contenidos urbanos, y yo del reportaje de los capítulos y la dirección creativa. Santiago Pillado estuvo en el registro, ambientación y edición de sonido, y Laura Mullahy es la gerente del proyecto. Quisiéramos agradecer a la Familia Laynes, la asociación civil Alto Perú, al equipo periodístico de El Comercio y a Marcela Román y Martim Smolka del Lincoln Institute. Nos vemos en el próximo capítulo.